

La Virtud Cristiana como Energía

Santiago de Anitua, S. J.

UNA DISTINCION DESGRACIADA: ACTIVISMO Y PASIVISMO DE LAS VIRTUDES

La mayoría de edad que ha adquirido la seclaridad en la Iglesia, ha traído un aliento nuevo de vida y de apostolado, a cuadros de acción que parecían ya caducos. La acción seclar ha irrumpido en la vida de la Iglesia con el optimismo de toda juventud. Y ha sido como una sensación de Pentecostés sobre el mundo. Precisamente, cuando los enemigos de la Iglesia se multiplicaban más peligrosamente, y cuando le hacían la guerra más sutil, ha surgido este nuevo ejército, que responde precisamente a la nueva necesidad. Antes el ataque a la Iglesia era la herejía. Hoy el ataque quizá más insidioso no se dirige a los dogmas: se dirige a la vida. Es la indiferencia. Es confesar que la Iglesia católica tiene una ideología moral y doctrinal sublime, pero que es inútil en la vida; es alabar los planes sociales de la Iglesia, pero enseñar compasivamente al mundo proletario, que a pesar de esa doctrina, los trabajadores católicos no han mejorado gran cosa su condición laboral. Y frente a esta nueva herejía práctica, ha surgido la Acción Católica, con sus múltiples facetas, para demostrar públicamente, la pujanza vital del catolicismo.

Pero toda reacción es violenta. Es una fuerza que choca contra otra fuerza, y que por tanto tiene que realizar una energía mayor que la normal. Toda reacción en su primer choque es exagerada. Y el muelle comprimido vibrará enloquecido, hasta que la serenidad del tiempo le conduzca a su posición tranquila de paz. Algo de eso ha ocurrido con esta reacción activista. Se ha supervalorizado la acción, porque había sido menospreciada injustamente; y, tal vez, la ascética medieval o el quietismo renacentista influyeron demasiado en algunos sectores del catolicismo, impregnándole de una virtud egoísta y minimizadora. Tal vez, el tiempo de los desiertos ha pasado y comienza la era, en que cada cristiano haya de ser un ermitaño solitario, que guarda su desierto en el fondo más secreto de su alma, mientras vaga engullido por la muchedumbre de una gran ciudad. Es posible que hoy el desierto comience en la fábrica.

La violencia de esta reacción ha desorbitado los puntos de vista, aun los rectos. Y esta supervalorización de la actividad ha querido erigirse a costa de algunas virtudes tradicionales, evangélicas, netamente cristianas, en las que se ha querido ver una exclusiva de la vida monacal o de ese

desierto que ya ha concluído. Y ha nacido la desgraciada distinción de virtudes activas y pasivas. Las primeras son las que impulsan al hombre a la acción apostólica, a la conquista; las segundas son las que le encierran en el horizonte estrecho de su propia perfección. Si no pasara de ahí la afirmación, si se quedara en puro plano especulativo, tal vez no tendríamos nada que objetar a una distinción, que especulativamente es, quizá, posible. Pero estos teóricos de la ascética moderna van más allá. Y señalan concretamente qué virtudes pertenecen a un grupo o a otro. Y la humildad, la paciencia, la abnegación, la pobreza de espíritu, son para ellos auténticas virtudes pasivas. Predican que tales virtudes no tienen ninguna repercusión social. No son activas. No son modernas. Son despreciables.

He ahí el error. Error peligroso porque se basa en una tendencia nueva y rica, que ha nacido providencialmente en el catolicismo, para inyectarle nueva vida y defenderlo de la indiferencia moderna, y propagarlo como luz de una antorcha, que ilumine todas las tinieblas de nuestro siglo, que no pueden esperar otra luz que la de Cristo. Pero... si la sal pierde su sabor ¿para qué vale?

LA VIRTUD Y LA ACCION

En un sentido estricto hablar de virtudes pasivas, es enunciar una contradicción. Virtud y pasivismo se oponen como círculo y cuadrado. Ya su etimología nos indica que estamos ante algo que significa acción, fuerza, virilidad.

Virtud en latín tiene su raíz en **vir**, varón, y expresa cuanto especifica al varón, propiamente tal: la fortaleza, el ingenio. Y se habla de la **virtus sermonis**, **virtus eloquentiae**, **virtus divitiarum**, **virtus bellica**, etc. Aun al castellano ha pasado también esta significación de fuerza en la palabra virtud. Y, por eso, hacemos algunas cosas **en virtud** de un privilegio, o **en virtud** de un derecho. Bajo este punto de vista, meramente filológico, tendríamos que la virtud es esencialmente activa, tanto en el orden físico como en el moral. El pasivismo propio de la mujer no tiene cabida en un concepto tan virilmente positivo y activo.

a)—Noción escriturística de virtud.

Esta misma acepción positiva de fortaleza tiene el concepto virtud en la Sagrada Escritura. Con la ventaja de que vemos así como aprobado por Dios y canonizado por su palabra, lo que hasta ahora sólo tenía un valor puramente humano.

En el salmo 17,40 David da gracias a Dios porque le salvó de Saúl y de todos sus enemigos y exclama: "Me ceñiste de fortaleza —**virtute**— para la guerra". Y en el salmo 20, después de haber narrado las maravillas que obrará el Señor contra los malos, dice al Señor: "Exáltate, Señor en tu fortaleza —**in virtute tua**— cantaremos y alabaremos tus prodigios —**virtutes tuas**— (v. 14). Y en el Deuteronomio se recuerda al pueblo de Israel que ha de cumplir los mandatos del Señor, porque "te sacó de

Egipto, precediéndote con su gran fortaleza —**in virtute sua magna**— para borrar a grandísimas naciones y más poderosas que tú, y para que te diera el territorio de ellas en posesión".⁽¹⁾

Tan entrañada está en el Antiguo Testamento esta significación de virtud, que se llegan a llamar virtud a las tropas de los ejércitos. Así en Judit, 2, 7; y en el libro de los Macabeos corrientemente: I Mac. 5, 56; 6, 6; 9, 43.

Y en el Nuevo Testamento adquiere la misma significación: los milagros, manifestación extraordinaria de la omnipotencia divina, se llaman **virtutes**: Gal. 3, 5; Hebr. 2, 4; los Angeles, los mensajeros del poder de Dios, los brazos ejecutores de su justicia y de sus obras, se llaman así mismo **virtutes**: I Petr. 3, 22; Rom. 3, 28. Y una **virtud** salía de Cristo, que sanaba a todos. Luc. 6, 19.

b)—Noción filosófica

Desde un punto de vista filosófico no se puede tampoco sostener la posibilidad de una virtud pasiva. Todas las acepciones de virtud tienen alguna relación con la actividad. Santo Tomás define frecuentemente la virtud como una perfección operativa de la potencia.⁽²⁾ Alguna vez aplica este nombre a la misma potencia, en cuanto es principio de operación o movimiento.⁽³⁾ Otras veces dice que la virtud es "la disposición de lo perfecto a lo óptimo, en cuanto expresa la operación, mediante la cual consigue cada cosa su fin."⁽⁴⁾ Por fin, en otras ocasiones identifica ya a la virtud con el **hábito bueno de obrar**.⁽⁵⁾ Y aun admite la definición de San Agustín, el gran vitalista: la virtud es amor, es el orden del amor, el buen uso del libre albedrío.⁽⁶⁾

Tal es el concepto filosófico de virtud. Pero las palabras se gastan por el uso. Y, tal vez, estamos jugando con conceptos y con palabras que han perdido ya su valor. Hoy ¿significa otra cosa la virtud? ¿Cómo descubriremos el significado esencial de actividad, de violencia, de fuerza, que tiene necesariamente toda verdadera virtud?

c)—Noción ascética y real de virtud

Puede parecer, sin duda, que estamos haciendo un recorrido exhaustivo, si se quiere, eruditísimo, pero inútil, de la noción de virtud. ¿A qué viene tanta cita, tanta definición, tanta tesis?—De estos nuestros fundamentos nacerá más tarde toda la fuerza de los estudios siguientes. Precisamente en el activismo que supone reconoceremos la verdadera virtud cristiana, mientras que en el no activismo, o en el activismo camuflado, que supone la tolerancia de un desorden, se desenmascara la pseudovirtud, el remedo de la verdadera potencialidad del cristianismo.

(1) Deut. 4, 37.

(2) S. Th. I-2, q. 55, 1. 2. 3. c.; q. 56, 1. c.; q. 66, 3. c.; q. 51 ad 12; q. 129, 2. c.

(3) St. Th. I-2, q. 26, 2 ad 1 q. 41, 1 ad 1.

(4) St. Th. I-2, q. 110, 3 c.; 2-2, q. 23, 7, c.

(5) St. Th. I-2, q. 55, 2. 3. c.; q. 56, 1. c.; q. 71, 1 ad 2; 2-2, q. 53, 1. c.

(6) St. Th. I-2, q. 55, 1 ad 4; q. 62, 1 ad 1.

La ascética católica parte de dos bases reveladas: el pecado original y la esencialidad de la creatura. De estos dos postulados se concluye la consecuencia limpia y también revelada en la Escritura de que la vida del hombre —del hombre en cuanto tal, como realidad metafísica moral— es lucha sobre la tierra.

El pecado original trajo como consecuencia inmediata la privación de los dones preternaturales de los que el hombre inocente estaba adornado. Y entre ellos perdió la integridad. Así nos lo declara el Concilio Tridentino en su sesión V. El Génesis indica la admiración de nuestros primeros padres, cuando descubrieron que estaban desnudos y se avergonzaron de ello, y la sería reconvencción del Señor: "¿Quién te indicó que estabas desnudo, sino el haber comido del árbol que te prohibí?" (7) Y los Santos Padres concuerdan en este origen de la concupiscencia, que es natural al hombre, y que sólo por un don gratuito de Dios no imperaba en los cuerpos inocentes de aquella pareja creada en gracia.

Puesta la concupiscencia, aparece la lucha. En el hombre hay dos tendencias: la sensitiva y la racional. Pero es la sensitiva quien precede generalmente a la racional, como es el conocimiento sensible quien precede al intelectual. Y el sentido, aprehendido el objeto bueno para sí tiende hacia él con impulso animal violento. La presencia y la aprehensión de este bien puede ser tan violenta que llegue incluso a cegar a la razón. Y siempre influirá de tal manera en ésta, que la voluntad no tendrá sino un poder "político" sobre el apetito inferior, no pudiéndole ordenar simplemente que no apetezca, sino desviándole de su objeto o entreteniéndole en otras consideraciones. A lo más podrá exigirle, que contra su tendencia, acepte lo que la voluntad le intima o no realice lo que su tendencia exige. Tal es el estado deplorable en que queda nuestra voluntad ante los tirones del animal que con ella convive en un mismo individuo. Y a veces prevalecerá de tal manera la tendencia inferior, que la libertad del hombre quedará totalmente aniquilada ante su poderío. Así ocurrirá a veces con el pánico o con el instinto sexual. Y otras, tendrá la voluntad que desplegar una fuerza heroica para contener al apetito y para no desmayar en su vigilancia.

Pero el hombre es además esencialmente lábil. Es creatura. Es una nada metafísica en su esencia. Porque no es infinito es esencialmente mudable, potencial. Y porque no es autónomo, está esencialmente sujeto a otro, a una voluntad que le impone una norma. Dios, como infinito es inmutable, es pleno en su ser, sin resquicio de potencialidad. Y porque es el Señor, omniperfecto, tiene en su propia voluntad la norma de su obrar. Dios, obrando conforme a su naturaleza obra necesariamente conforme a ley; obra bien. Solo posee la perfección de la libertad que lleva en sí la impecabilidad. El hombre sólo sería impecable dejando de ser hombre: es decir, siendo bestia sin libertad, o siendo Dios Infinito y Omniperfecto. Un don gratuito de Dios le confirmaría en justicia, pero no le quitaría la esencial posibilidad de pecar.

He aquí la lucha: la razón ha de controlar al sentido, la virtud a la pasión. Y toda virtud es control, y todo control es acción, lucha, agonía. ¿No definió estrictamente D. Miguel de Unamuno al cristianismo como agonía? (8)

(7) Gen. 3, 7. 11.

(8) Para estos conceptos de peccabilidad y de lucha cfr. DE LUBAC, *Surnaturel* (París, 1946) y GARCÍA HOZ, *Pedagogía de la lucha ascética* (Madrid, 1941).

EL APOSTOLADO Y LA VIRTUD

El apostolado exige virtud. Es inútil probarlo. Está en la mente más obtusa. El apostolado exige donación total del hombre, y un hombre cabal,

a)—Apóstoles: hombres ejemplo.

Cristo les encomendó a sus apóstoles ser **testigos**. Y la traducción literal de testigo es en griego —la lengua del Nuevo Testamento— mártir. Cristo, por consiguiente, les exigió a sus apóstoles ser mártires. El testimonio de la verdad en toda coyuntura, aun desfavorable, aun contra el parecer de los poderosos y de los que gobiernan, es siempre martirio. Los primeros azotes de Juan y de Pedro en la sinagoga de Jerusalén fueron la consecuencia inmediata de su predicación de la verdad. Como lo fueron los de Pablo y como lo fueron los de todos los mártires del cristianismo.

Y para ser mártires hace falta un dominio terrible de los apetitos inferiores. Hace falta virtud.

Pero es que además hoy el apostolado es más bien una acción de espectáculo. Hoy no tiene el mundo tiempo para grandes disputas religiosas, para grandes lecturas, para sermones largos. La agitación de la vida moderna, el cine, la propaganda ha desacostumbrado a gran parte de nuestra sociedad a pensar. Quiere las cosas hechas. Quiere demostraciones fácticas e instantáneas. Hoy pocos se convertirán al catolicismo tras largos estudios. La masa está alejada de este camino. La masa conoce hoy al catolicismo, como conoce la bondad de una lavadora eléctrica o de un caldo de pollo: porque ve que sus efectos son buenos. Hoy se conoce al catolicismo a través de los ejemplos cotidianos que dan los católicos. Y ciertamente, es bien pobre esta demostración práctica de nuestra religión. Ya lo dijo Evelyn: "Qué bella sería la Iglesia si no hubiera cristianos". El apóstol ha de ser una demostración de su Iglesia, un sermón viviente y mudo, fugaz e instantáneo como un anuncio luminoso, que pasa junto a los hombres proclamando lo sublime de sus creencias.

b)—Hombre perfecto: distinción del hombre y el beato.

Por eso el apóstol, ante todo, ha de ser un hombre cabal. Hombre con toda la potencialidad de su ser encaminada a un solo fin: predicar a Cristo. Pero cuanto más rica sea esta potencialidad, más rico será su fondo humano y su testimonio. Y también más costoso, más martirio.

El hombre de rica personalidad es siempre un apasionado. Tiene su sensibilidad finísima, y su pasión a flor de piel, violenta. Y su razón y su voluntad son potentes. La virtud es necesaria para que esa razón no se ofusque con lo que ella pretende ver tan claro, ni esa voluntad se arrebate por lo que se le presenta como tan bueno. Cuántas veces la terquedad y la soberbia se han disfrazado bajo las apariencias de personalidad, de constancia, tenacidad y clarividencia. Y eran un descontrol, una pasión desordenada, una falta de virtud. Y aquel hombre fue temido, despreciado o al menos abandonado. Tuvo una vida, que no hizo bien. Tuvo la magnífica potencialidad de un testimonio, pero, quizá, fue un malvado.

El hombre perfecto se distingue, pues, totalmente, de eso que se ha dado en llamar —injustamente muchas veces— un beato. El beato es pusilánime, incapaz de acción, inútil. Pero oculta su impotencia y cobardía bajo un ropaje de virtud. Su pusilanimidad es prudencia, mansedumbre, humildad. Su incapacidad, resignación, esperanza. Su falta de hómbría reviste para él los colores atrayentes de un espíritu de víctima. ¡Cuántos de éstos han sido quizá los que han contribuido a esa concepción absurda de las virtudes pasivas! Y es que sus virtudes no lo eran. A lo más eran un descontrol, una pasión que se agazapaba en su espíritu sin que la acción viril de una virtud la cohibiera.

1)—Dios es Dios de vivos.

Dios exige esta clase de hombres cabales. No quiere cohibidos. No quiere hombres arrastrados por sus pasiones o sus instintos. Hombres inertes ante los estímulos **exteriores**. Hombres sin virtud. Hombres muertos.

La muerte se caracteriza por la falta de acción. La vida dicen los filósofos que es un movimiento immanente, que sale de un principio interno y se realiza dentro del mismo sujeto. El hombre vivo es el que se mueve por sí mismo, no mecánicamente o por influjos **externos**. Sólo el hombre es capaz de autodeterminarse podemos decir que es vivo. El hombre que se deja llevar, que se deja influir pasivamente por influjos externos, tiene en este aspecto mucho de muerto. Tendrá una psicología, una actividad anímica muerta. Y como la personalidad se manifiesta precisamente en esta independencia en el obrar específico del hombre, diremos que el beato —y el canalla que se deja llevar por otras pasiones— dejan de ser en ese punto personas. Serán animales de la especie zoológica humana, pero no hombres.

Y Dios es Dios de vivos. Lo dijo Jesucristo: ¿Es que Dios es Dios de muertos? Dios quiere hombres cabales, vivos, personales, auténticos. Ni beatos ni canallas: **HOMBRES**. Y ser hombre es difícil. Goethe lo escribió: "Si has visto un hombre, uno solo, has visto una gran cosa".

Hoy hay pocos hombres. Por eso es "la época de los jefes". El mundo quiere hombres. Y cuando los encuentra se les entrega. Las místicas son hoy más que nunca místicas de entrega a una persona. Las ideas se absorben por osmosis, en la admiración del hombre que las concreta.

2)—Dios vivo.

Por eso en nuestra época se ha puesto de relieve este atributo netamente bíblico de Dios. Dios es el Dios Vivo. Por él juraban los patriarcas y los profetas en el Antiguo Testamento. Y Cristo confirmó este atributo, cuando se proclamó a sí mismo, no ya sólo vivo, sino fuente de vida y de resurrección. Y Cristo era apasionado. En El se encerraba toda la gama de las pasiones humanas, pero despóticamente controladas por su virtud infinita de Dios. Cristo llora, Cristo ama, Cristo se indigna, Cristo teme, siente náuseas de la vida, agoniza de pesadumbre, siente la ingratitud, no disimula la descortesía, reprende la murmuración. Pero Cristo tiene sometidas todas sus potencialidades. Y a pesar de la angustia por una

muerte cruel que sabe ya cercana con todos sus horrores, se levanta y sale al encuentro de los que le buscan; confiesa la verdad que le va a condenar; calla cuando hubiera podido hablar.

Esta es la raíz de esa fuerza que hace a la cólera de Cristo y de Yahvé sobrecogedora. A Cristo empuñando su látigo de cuerdas, nadie se atreve a oponérsele. Es la grandeza del que sabe encauzar toda su potencialidad pasional a un sólo objeto, en un momento determinado. Es la manifestación instantánea de una personalidad rica, infinita, que aparece con toda la majestad de su dominio. El encólerizado pasional no subyuga; quizá atemoriza, otras veces hace reír y siempre ser despreciado o compadecido. La cólera no es eficaz, sino cuando tiene razón de ser, y se apoya en una personalidad controlada. Es el terrible poder de los mansos, que poseen la tierra.

LA PASION VIDA Y MUERTE

La pasión puede ser, por tanto, signo de vida, o de muerte. La pasión como movimiento autónomo, íntimo, dirigido es vida; como efecto de un estímulo externo incontrolado, o es símbolo de muerte, o es ella en sí misma cohibición de vida. Porque hay pasiones que ellas en sí mismas cohiben la acción y la determinación operativa del sujeto. Tales son las que podríamos llamar pasiones negativas, inhibidoras: el miedo. Otras que impulsan más bien a la acción, pero que al no ser reguladas por la razón, son preponderantemente instintivas, y, en este sentido, inhibidoras, no ya de la acción en sí, pero ciertamente de la acción específicamente humana, desnudando en el hombre animal. Estas reacciones violentas de las pasiones positivas —llamémoslas así— quitan en gran parte la libertad y lo humano del hombre, reduciéndole a éste, a un complejo de reacciones más o menos fisiológicas y necesarias. El hombre hierve en la lujuria en una manera semejante al agua en la marmita al influjo necesario del fuego; y su reacción violenta tiene algo del explosivo al contacto del oxígeno excitante.

Pero todas las pasiones —activas o pasivas— necesitan el control de la virtud, para que el hombre sea una personalidad cabal. Ni el activo intemperante y exagerado, ni el pusilánime cobarde pueden ser el apóstol que necesita hoy la Iglesia y exige el mundo moderno.

LA VIRTUD NATURAL Y LA SOBRENATURAL

La virtud es, por consiguiente una perfección: "un hábito que perfecciona a la naturaleza racional" —dice Suárez.⁽⁹⁾ El hecho revolucionario del pecado original con la concupiscencia subsiguiente nos lo demuestra con claridad. Y es que su cometido es difícil y hermoso: poner en su justo medio al apetito.⁽¹⁰⁾ Como Santo Tomás señala expresamente, la virtud tiende a facilitar los actos conforme a razón, a que vivamos conforme a nuestra naturaleza y dignidad de hombres.⁽¹¹⁾ De ahí que sea

(9) SUAREZ, 4, 478, 1.

(10) SUAREZ, 4, 489, 3ss.

(11) St. Th. 1-2, q. 56, 4 c; q. 108, 2 c; 2-2, q. 168, 2 ad 2; q. 47, 6 c; 123, 11 ad 2; q. 136, 1. 2. c.

falsa virtud —apunta el Angélico— la que nos retraiga de un bien mayor.⁽¹²⁾ Preciosa advertencia que más tarde nos servirá de piedra de toque, al examinar la legitimidad de las que se dicen virtudes cristianas o de las que se reprueban como tales.

Cada tendencia tiene su pasión y su virtud. O mejor, a cada pasión hay que oponer la virtud correspondiente que la controle. Porque las virtudes —a no ser las infusas, que son gracia de Dios y puro don del Espíritu Santo—, como todo hábito y toda arte requieren una repetición de actos, que han de nacer de nuestra actividad, ayudada por el auxilio divino, para que persevere en una lucha tan heroica y continuada. El hombre ha de combatir consigo mismo, ser victorioso y vencido, luchador, lucha y enemigo. He ahí la dificultad de la virtud, y el heroísmo que exige una doma implacable e inmisericorde de algo que nos es tan querido como nosotros mismos. Y eso durante toda la vida, porque durante toda ella el hombre tendrá concupiscencia y pasiones.

Esta virtud, puramente ética, natural, pero necesaria, exige nuestros actos. No es innata. Es violencia, hasta que sea paz. Es control, es dominio, es tener en nuestras manos todo el potencial de nuestras energías obedientes a la razón, para emplearlas íntegras cuando merezca la pena. Chesterton dice que la aventura y la heroicidad pueden ser locuras, pero el héroe ha de ser cuerdo. Si no, no sería héroe.

Esta virtud moral es el sustrato necesario de la virtud teológica. Casi diríamos que entre ambas no media más que un paso, aun cuando este paso sea tan gigantesco como el camino que media entre lo natural y lo sobrenatural, lo estético y lo eterno. La virtud teológica responde a una virtud natural adquirida, afirma Suárez.⁽¹³⁾ Sobre ella se asienta. De donde un perfecto cristiano, un apóstol lleno de virtudes teológicas o sobrenaturales ha de ser primero un hombre cabal, naturalmente perfecto. La virtud teológica sublima al hombre y sublima sus actos y sus virtudes puramente naturales en cuanto apunta a un fin más alto y tiene un motivo más elevado: ejecuta sus actos por Dios, por amor de Dios. La virtud teológica es la misma virtud natural fecundada y elevada por la Reina de las virtudes teologales: por la caridad. He ahí la única y la sublime diferencia entre ambos campos. Y he ahí la importancia de adquirir las virtudes naturales para sobreedificar sobre ellas al edificio de la auténtica perfección cristiana.

Para llevar a cabo esta lucha perpetua y heroica, el apóstol verdaderamente cristiano, habrá de pedir insistentemente el aumento y perfección también de las virtudes infusas. Sin gracia de Dios esta lucha es imposible. Es necesaria la fe, la esperanza y la caridad, para no desfallecer en la empresa de una perpetua agonía —en el sentido más estricto de la palabra—, de una aventura en la que la muerte y la vida se conjugan indisolublemente en el ámbito de una misma persona. La muerte del vicio nace de la vida de una virtud, siendo uno mismo el virtuoso y el vicioso, el que muere y el que vive.

(12) St. Th. 2-2, q. 23, 7, c.

(13) SUÁREZ, 4, 488, 4.

Tal vez, si consideramos así a la verdadera virtud cristiana, se nos haga más difícil concebir verdaderas virtudes pasivas. Y en todo acto de dominio, aun en la represión más dominada de nuestros instintos de actividad descubriremos la energía de una vitalidad insospechada. Y la mansedumbre tendrá resplandores de fortaleza, el perdón de magnanimidad, la esperanza de entrega heroica. Y esta vitalidad tiene una proyección magnífica de actividad en potencia. ¿Habrá un hombre verdaderamente virtuoso que se vea estorbado en planes grandiosos de apostolado? ¿No encontrará, tal vez, en sus virtudes el motor interno e indefectible de una actividad arrolladora? Al examinar las mal llamadas virtudes pasivas, y al analizar el activismo, a veces exagerado de las modernas virtudes activas, calaremos con profundidad en el valor apostólico de la virtud —ni activa ni pasiva, o mejor, siempre activa— auténticamente cristiana.

